

POESIAS ALEMANAS

NOTICIA

SOBRE

LOS POETAS ALEMANES

Sería un error el creer que la literatura alemana tan brillante en el día, tan rica de grandes nombres, se remonta por una cadena no interrumpida hasta esa antigua poesía del Norte, de la cual tiene el carácter. Tan sólo después de varios siglos de imitaciones extranjeras ó de inspiraciones nacionales débiles y descoloridas, la poesía alemana constituyó esa hermosa escuela, de la cual fué Klopstock el primer maestro, y que, bien que se haya ido debilitando después de Goethe y de Schiller, no ha dejado todavía de producir. La verdadera gloria de Alemania no data pues más que de la mitad del siglo XVIII. Remontándose hasta más atrás, no se halla sino una sola obra, el poema de los *Nibelungen*, que merezca fijar la atención.

Antes de la aparición de esa inmensa epopeya, que vino á luz hacia al tiempo de Federico Barbaroja, no se pudieron recoger más que nociones inciertas sobre los primeros poetas germanos. Las obras más antiguas y más notables que se conocen están escritas en lengua goda, la cual dejó pronto de usarse y fué reemplazada por la lengua *franca* que hablaban los francos que invadieron las Galias á las órdenes de los Merovingios. Ésta se habló también en Francia hasta Carlomagno, quien intentó sacarla del abandono en que principiaba

á caer, principalmente en Alemania. Hasta mandó hacer una colección de leyendas y cantos nacionales compuestos en esa lengua; mas no fué ya de un uso general, y, como sucedía con el latín, no salió más del recinto de las cortes y de los conventos. El sajón, ó bajo germano, agradaba más al pueblo, y en sajón se compusieron las primeras poesías verdaderamente nacionales de Alemania.

Fué tal la acogida que tuvieron, que Carlomagno se asustó. Esos cantos llenos del patriotismo y de la mitología de los antiguos pueblos del Norte eran un grande obstáculo para los progresos de su dominación y de la religión católica que quería imponerles. Por lo mismo fueron severamente prohibidos después de la conquista; y principalmente los que esas naciones acostumbraban entonar sobre la tumba de sus deudos.

Esta prohibición duró todavía después de la caída del imperio de Carlomagno, porque los clérigos temían también la influencia de las ideas supersticiosas que reinaban en esos cantos, que ellos llamaban « poesías diabólicas » (*carmina diabolica*). Durante varios siglos, los versos latinos fueron solos permitidos y fomentados, de manera que los pueblos no participaban más de las grandes inspiraciones de la poesía.

En la época de las cruzadas fué cuando volvió á aparecer el verso en la lengua vulgar. Entonces se encuentra un período análogo al de los trovadores franceses, y esos versos compuestos para las cortes y los castillos no llegaban hasta la multitud, que principió á tener sus poetas y sus toscos contadores, entre los cuales Hans Sachs, el zapatero, ha sido el solo que haya dejado un nombre célebre.

No se sabe cómo clasificar el poema de los *Nibelungen* (*Libro de los héroes*) del cual se ignoran los autores, pero que, puesto en verso hacia el siglo XIV,

debe de remontarse mucho más atrás como invención. Lo mismo ha sucedido en Francia con las *novelas* de caballería del ciclo de Artús y del ciclo de Carlomagno, que se volvieron á hacer y á traducir de siglo en siglo, sin que más claramente se pueda indicar el origen y la época de su composición.

El poema de los *Nibelungen* se refiere también á los primeros tiempos semi-fabulosos de la caballería. Su argumento no es inferior al de la Iliada á la cual lo han comparado más de una vez. La pintura y la escultura alemanas sacan todavía en nuestros días, de las narraciones de esos poemas, sus más hermosas inspiraciones, y el sentimiento de la unidad nacional se retempla siempre en ellos con orgullo.

Los *minesinger*, ó maestros cantores, perfeccionaron la poesía caballescica, y consiguieron popularizarla, por los recursos y los esfuerzos de su institución semireligiosa y semifeudal. Esos compañeros, la mayor parte pobres, pero de ilustre cuna, como los trovadores franceses, recorrían los castillos y las ciudades, y luchaban en presencia de todos en las fiestas públicas, como los poetas de la antigüedad.

El dialecto suabo es el que domina en sus obras; lengua floja y melindrosa perfectamente en armonía con sus temas caballescicos, galantes y á veces satíricos. No es posible indicar de un modo exacto la fecha de la decadencia de esa poesía, que no ha ilustrado nombre alguno ni dejado monumentos dignos de recuerdo.

Á partir de la Reforma, la imaginación de los alemanes se concentró demasiado en las ideas teológicas y filosóficas para poder ocupar la poesía un lugar importante. Á Lutero le pareció que ésta no servía sino para rimar cánticos sagrados. Además, su tra-

ducción de la Biblia iba á dar el último golpe al dialecto suabo. Lutero creó el alemán nuevo, el de nuestros días; el Norte triunfó del Mediodía, y como las antiguas cuerdas no vibraban más fue preciso poner otras.

Poco á poco la poesía lírica volvió á levantarse bajo nueva forma, pero por mucho tiempo no fué más que un eco endeble de las demás literaturas. Mathisson, Ramler, Blumaüer, y Rabener el satírico entonaron cada uno en su turno cantos épicos, líricos y didácticos; Gleim componía fabulas; Opitz, Gottched y Bodmer brillaron también en esa escuela semifrancesa del siglo XVIII.

Klopstock principia una era nueva, la serie de los poetas modernos. Como versificador, intentó crear una lírica nueva según la manera de los Griegos, sin rima, pero con el ritmo antiguo, no se contentó con la invención del hexámetro, hizo más, y compuso en esa forma gran número de poesías; pero esa reforma tuvo poca aceptación. Más feliz en sus pensamientos que en su forma, dió á la poesía moderna una inspiración á la vez religiosa y nacional, « haciéndole tocar, según la expresión de Schlegel, con una mano al Cristianismo, y con la otra á la mitología del Norte, como á los dos elementos principales de cualquiera cultura intelectual y de cualquiera poesía europea moderna. » Por esto, cuando pareció la *Mesiada*, la sensación fué prodigiosa en Alemania: la historia literaria de todas las naciones ofrece pocos ejemplos de un triunfo tan completo; era una de esas obras que cada cual considera como la realización de todos sus votos, de todas sus esperanzas en literatura, y que mandan á la escuela todos los escritores de un siglo. De manera que nada faltó al triunfador, ni siquiera los insultos de los esclavos:

todas las pandillas. todas las escuelas literarias cuyos principios y poética quedaban arruinados por ese triunfo, se arrojaron con furor sobre ese joven estudiante que se había vuelto de repente el primero y hasta el único poeta de Alemania. Pero en medio de toda esa gloria, Klopstock tenía apenas con que vivir, y veíase obligado á aceptar el ofrecimiento que le hizo uno de sus parientes llamado Weiss, de encargarse de la educación de sus hijos. Se fué á casa de éste en Langensalza, y allí se enamoró sin ser correspondido de la hermana de su amigo Schmied. Esa joven que él llama Fany en sus poesías, honraba al poeta como si hubiese sido un dios, pero siempre rehusó su mano. Cayó entonces en una melancolía que duró mucho tiempo; sin embargo, sus estudios literarios y sus viajes acabaron de sanarle tan bien, que se casó, en 1754, con Margarita Moller, una de sus más apasionadas admiradoras.

Esta fué la época más hermosa de su vida; en ella terminó los diez primeros cantos de la *Mesiada* y compuso sus más hermosas odas; mas después de la muerte de su mujer, que aconteció en 1758, y á la cual fué extremadamente sensible, no volvió más á hallar las inspiraciones de su juventud; solamente se entusiasmó más tarde hacia los primeros tiempos de la revolución francesa, y compuso un número bastante grande de odas políticas que le valieron el título de ciudadano francés.

Sin embargo, el período del Terror no tardó en ser objeto de su indignación, como se podrá ver en la oda sobre Carlota Corday: el viejo poeta lloraba entonces amargamente las últimas ilusiones por las cuales se había despertado su alma, y que la cuchilla de Robespierre había también herido de muerte.

Klopstock había nacido en 1724, en la abadía de Quedlimburg; murió en Hamburgo en 1803, después de haber presenciado la mayor parte de los triunfos de Goethe y de Schiller, en esa literatura que el había levantado y como preparado á ese sublime vuelo. Como Wieland y Goethe, era miembro del Instituto de Francia.

Vieland, Herder, Lessing, Hœlty siguieron más ó menos á Klopstock en la vía que éste había trazado. Herder ha compuesto un *Cid* épico y lírico, Wieland creó su *Oberón* en el gusto de los poemas italianos de la edad media. Pero todos esos autores se negaron á adoptar la versificación de Klopstock; la rima triunfó por todas partes. Stolberg, el traductor de Homero y el creador de un estilo nuevo en el género yámbico, precedió á Burger, del cual data la fase más importante de la nueva poesía lírica. Introdujo principalmente la análisis íntima en la poesía, y su vida era apropiada para inspirarlo dignamente. Separándose enteramente del género didáctico, admirativo, y de imitación griega ó latina, osó cantar sus propios sentimientos, sus impresiones, su vida, sus amores. Éstos le han suministrado continuo alimento y contrastes sin número. Después de haber tenido una juventud algo disipada, pensó en casarse; hizo una proposición de matrimonio á una joven á quien él creía amar; mas el mismo día del casamiento, vió por primera vez á su cuñada Molly que tenía entonces diez y siete años solamente, é involuntariamente exclamó:

¡ Ah ! ; desdichado de mí, me he equivocado !

Todos sus cantos van pues dirigidos á Molly, la cual también estaba perdidamente enamorada de Burger casado.

La moral nada tuvo sin embargo que reprochar á esta simpatía, pues Molly era virtuosa; pero sucedió

que la mujer del poeta murió, y si se han de creer algunas suposiciones, de muerte voluntaria para ceder el corazón de Burger á Molly su hermana.

Se casaron y vivieron felices, aunque fuesen muy pobres y de esa época datan los cantos de la libertad, de la alegría de Burger. Pero ¡ ay ! Molly murió de su primer parto, y nuestro poeta quedó sumido en la desesperación.

Vagaba pues de un sitio á otro consumido por una enfermedad del pecho, cuando una viuda de Franckfort, que se decía prendada de él, le escribió ofreciéndole su mano. Como era acomodada, aceptó; pero un año después de su tercer matrimonio, divorcióse y se fué solo á buscar un puesto al lado de su querida Molly. Tal fué Burger, quien, cumple decirlo, tenía ya un modelo en Hœlty profesor de diferentes lenguas y quien fué el primero en saber hallar el tono natural de los cantos populares. Burger falleció en 1794. Ha dejado canciones, baladas, cuentos, epigramas, y sobretodo su célebre balada de *Lenora*, que apareció en 1772, dos años antes de su primer casamiento.

Schiller figura entre los primeros de esa familia de poetas creadores. Célebre en Francia por piezas de teatro principalmente, es menos conocido como poeta lírico; pero en Alemania es popular su poesía.

Juan Federico Schiller nació en 1759 en Marbach, pequeña ciudad de Suabia; su padre, que era jardinero del duque de Wurtemberg, le hizo hacer algunos estudios, hasta el tiempo en que el duque lo tomó bajo su protección, y habiéndole hecho aprender un poco de medicina, lo nombró á la edad de veinte años, por gracia singular, médico de su regimiento de granaderos. Pero el joven Schiller que tenía poco gusto para esa carrera, tenía en cambio mucho por el teatro, y

compuso hacia ese tiempo su primera obra, los *Bandidos*, que fué representada en Manheim con muy buen éxito. Su protector, sin embargo no se maravilló de eso y le mandó abandonar el teatro so pena de perder su protección. Llegó su severidad hasta el punto de privarlo por algún tiempo de su libertad. El hombre que había escrito los *Bandidos* debía sufrir más que cualquiera de semejante castigo; por ello, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para escaparse, y desde ese momento fué su único recurso la literatura. Establecióse en Manheim y allí compuso varias piezas dramáticas, que á la edad de veinticuatro años lo colocaron en el primer rango de los escritores de su patria. De esa época (1783) datan sus primeras poesías, que fueron universalmente admiradas y lo colocaron al lado de Goethe, á quien sin embargo no sobrepujó en ese género. Es lo que no pueden figurarse los que las leen en las traducciones; pues en ellas Schiller, es más brillante y queda más de él: pero la gracia, la sencillez, el encanto de la versificación, no pueden las traducciones reproducirlo, y aun menos las imitaciones.

Schiller publicó, en 1790, su *Historia de la guerra de Treinta años*, que es uno de los más hermosos monumentos históricos que hayan producido los alemanes. En 1792 su reputación era ya europea y la Asamblea nacional de Francia le dispensó el título de ciudadano francés; recompensa que era común entonces, pero que tuvo un feliz influjo, si es verdad, como han dicho, que compuso su tragedia de Juana d'Arc cual tributo de gratitud hacia esa nueva patria. En los últimos tiempos de su vida publicó muchas traducciones, siguiendo en esto el ejemplo de Goethe, y murió mientras acababa una traducción literal de *Fedra*.

Tenía entonces cuarenta y cinco años y murió de una fiebre catarral que habían empeorado sus continuas ocupaciones. Le preguntaron pocos instantes antes de morir, como se hallaba, y contestó:

— Siempre más tranquilo.

Y expiró.

Era el 9 de mayo de 1805. Su muerte ocasionó un duelo universal, tanto más profundo cuanto menos se esperaba y que el recuerdo de sus sublimes trabajos era también una esperanza. Sus restos fueron trasladados á la tumba de los reyes: semejante distinción nada añadirá á su gloria; pero honra el país y el príncipe que la han dispensado.

Schiller es sin disputa el autor cuyas poesías tanto líricas cuanto dramáticas, fueron más esparcidas en Alemania. Sin embargo, Schiller es siempre dramático, hasta en sus poesías más líricas, y, como Kant ha tenido una grande influencia sobre la poesía de Schiller, éste compuso varios poemas filosóficos y didácticos, tales como *la Resignación*, etc. Además es descriptivo y siempre grande orador. La retórica desempeña, en efecto, un papel considerable en sus poesías y en sus dramas. Las poesías de Schiller fueron populares antes de las de Goethe; pues el sentimiento de la libertad y del progreso político acompaña á Schiller hasta en sus cantos de amor, hasta en sus baladas y sus odas. Vino Goethe y formó con Schiller el mayor contraste literario que haya existido jamás entre dos poetas. Goethe se sirve ampliamente de las formas griegas para la expresión; el plan que admite para el canto lírico es siempre plástico. Sus poesías sueltas son otras tantas estatuas pequeñas, son arabescos, retratos, bajos relieves, que existen de por sí mismos, en una forma absoluta enteramente separada del poema. Es

un artista que crea y no ya una madre; la obra no se parece á su dueño, pues éste quiere quedar indiferente á todo y no quiere sino pintar. Désele una leyenda, un amor, un ángel, un diablo, un niño, una flor, todo esto lo reproducirá por su forma plástica, por su expresión pura y griega, de una manera admirable; pero su personalidad no participa de ella y no se la hallará sino en la novela; pero apenas se pone á hacer versos reviste su vestido de arquitecto, de pintor, y de estatuario y hace su tarea con comodidad sin tomarse mucho trabajo y sin desanimarse como Schiller, el cual, á cada renglón, á lo que dice, perdía una gota de sangre.

Goethe, sin embargo, por esa forma artística, agradó á la aristocracia de Alemania, y con eso provocó una reacción que más tarde lo destronó en la opinión pública. El hecho es que muchos alemanes hay que no conocen un solo canto de Goethe, mientras aprenden de memoria todas las obras de Schiller.

La vida de Goethe, que él mismo ha escrito con el título de *Poesía y Verdad*, no presenta más que un corto número de hechos. Sus Memorias no son mayormente sino una narración de sus impresiones á propósito de los acontecimientos políticos y literarios que agitaron Alemania en derredor suyo. La larga serie de sus amores viene sola á variar ese ligero tejido de sueños y de apreciaciones. Margarita, Clara, Federica, le suministraron, según él dice, los tipos femeninos de sus primeras creaciones; pero se echa de ver que esos amores dejaron pocas huellas en una imaginación tan personal y tan artista, y que esas graciosas figuras no vuelven más á pasar delante de sus ojos sino en el estado de elementos poéticos.

La larga mansión de Goethe en Estrasburgo y su

continuo estudio de la literatura francesa parecen haberle dado esa hermosa claridad, ese movimiento de puro estilo y ese método de progresión, tan raro entre sus compatriotas, y cuyos principios se remontan sobretodo á los grandes poetas franceses del siglo XVIII.

El padre de Goethe, jurisconsulto sobresaliente, lo había destinado en un principio á la jurisprudencia; pero Goethe pudo apenas tomar sus grados en la ciencia del derecho; prendado del genio y de la gloria de Klopstock, se juzgó digno de continuar después de él la regeneración de la literatura alemana.

Desde esa época todas las fuerzas de su alma se reconcentraron en la literatura; y ninguna época era más favorable para la aparición de un hombre de genio, pues Klopstock que había principiado una revolución tan brillante, se hallaba lejos de haberla concluido; había despertado por doquiera una sed de poesía, un deseo de buenas obras que corría el riesgo de extinguirse por falta de alimento; en vano el entero enjambre de los poetas de segundo orden aspiraba á continuar la obra del grande hombre: su voz poderosa, que había conmovido á Alemania, no hallaba sino endebles ecos y ninguna voz digna de responder á su llamada.

El genio no percibe un caos sin que le venga el deseo de formar con él un mundo; por ello Goethe se lanzó con delicias en medio de toda esa confusión, y su primera obra, *Goetz de Bertichingen*, atrajo todas las miradas sobre él. Esto era en 1773; tenía entonces veinticuatro años. Ese drama nacional, que abría á la escena alemana una carrera nueva, valió á su autor universales aplausos; mas como no había podido hallar un librero para publicarlo, lo hizo imprimir él mismo

y hallóse en un compromiso para pagar el gasto en razón de una imitación que le quitó su beneficio. *Werther* apareció poco después y todos saben el ruido que hizo esta obra en toda Europa. « Ese librito, dice el mismo Goethe, hizo una impresión prodigiosa y el motivo es muy sencillo; apareció en el momento oportuno; una pequeña chispa basta para hacer estallar una mina; *Werther* fué esa chispa. Las pretensiones exageradas, las pasiones descontentas, los padecimientos exagerados atormentaban todos los espíritus. *Werther* era la expresión fiel del malestar general; la explosión fué por consiguiente rápida y terrible. Hasta se dejaron arrastrar por el argumento; y su efecto aumentó todavía bajo el influjo de esa preocupación absurda que hace suponer en el autor la intención de instruir en el interés de su dignidad. Olvidaban que el que cuenta ni aprueba ni vitupera, sino que procura desarrollar simplemente la sucesión de los sentimientos y de los hechos. Así es como instruye y al lector toca reflexionar y juzgar. »

Desde ese momento principió esa especie de fanatismo de toda Alemania por Goethe, que hacía decir á la señora de Staël « que los alemanes buscaban ingenio en el sobrescrito de una carta puesto de su mano ». Las obras que hizo parecer sucesivamente hacia esa época pueden, es verdad, hacernos comprender ese entusiasmo y son bastante conocidas ahora para que nos dispensemos de hacer su elogio; basta nombrar el *Fausto*, *Egmont*, el *Taso*, etc., para hallar oídos atentos. El dar cuenta de ellas no entra en nuestro plan; y sin embargo, no tendríamos otra cosa que hacer si quisiéramos dar aquí la vida de Goethe; pues ésta no se compone más que de acontecimientos muy simples, y que dependen todos de la publicación de sus obras. En 1775, las

primeras le habían valido la amistad del duque de Sajonia-Weimar; inmediatamente después de su advenimiento, ese príncipe lo llamó á su lado y lo hizo su primer ministro. Desde esa época Goethe vivió siempre en Weimar compartiendo su tiempo entre los asuntos públicos y sus tareas literarias y volvió esa pequeña ciudad el Atenas de Alemania. Allí se juntaron Schiller, Herder, ambos Schlegel, Stolberg, Bardt, Boettiger; gloriosos rivales, poético cenáculo donde bajaba la inspiración divina, donde se preparaba para Alemania un siglo de grandeza y de luces.

Goethe nació en Francfort del Meno en 1749, y murió en 1833, un año después de la muerte de su hijo, dejando varios tomos de obras póstumas. La segunda parte de *Fausto* es la última obra en la cual trabajó. Se extinguió como su héroe meditando prodigios de trabajos y de acción.

Si ahora queremos apreciar el movimiento literario de su época, menester es que nos remontemos al momento en que su escuela y la de Schiller tenían dividida la literatura en dos campos iguales. Uhland fué el primero en intentar de abrirse un camino nuevo. Nacido en Suabia, procuró despertar el eco antiguo de la poesía de los romanceros de Suabia, y después de haber imitado á Goethe, extendió lejos el nuevo dominio. Un caballero enamorado, un claustro, un tañido de campana, un rey ciego y valiente, el mismo romancero: esos son sus héroes. De tiempo en tiempo, toma un tema moderno y lo reviste de la forma romanesca de la edad media, como en *María la Segadora*; pero hasta sus cantos de alegría y de sobremesa, saben á edad media. Nada hay moderno en él á no ser sus poesías políticas, en su cualidad de diputado de Wurtemberg, y estas son, según el parecer de todos, más que

mediocres. Sin embargo. Uhland tuvo en sus obras un buen éxito inesperado; pues en ese mismo tiempo, los Schlegel se aplicaron á desacreditar la forma subjetiva de Schiller: declararon que era Gœthe el dios del Parnaso salvo á destronarlo más tarde cuando éste se declaró contra ellos. Además, los cantos heroicos de Kœrner, discípulo de Schiller, principiaron á perder mucho de su boga, en un momento en que Alemania creyó ver que había vertido su sangre en pura pérdida; el mismo Uhland lo demostró en varios de sus cantos y fué declarado Kœrner ruin poeta, flojo imitador de Schiller. El público estaba prendado de la plástica y para consolarse del presente, retrocedió hasta la edad media y volvió á cantar las hazañas de los caballeros y el amor de las princesas, añadiéndoles de vez en cuando algún poema obsceno por el estilo de los que componían los *munesinger* de la edad media. Esta manía sin embargo cesó, y Heine fué, por decirlo así, el precursor lírico de la revolución de Julio, que produjo en Alemania tantos resultados literarios.

En efecto, Heine fué quien, separándose enteramente de la forma puramente objetiva de Gœthe y de Uhland sin adoptar la manera opuesta de Schiller, supo expresar por medio de procedimientos que no se conocían hasta entonces, sus sentimientos personales llenos de poesía, de melancolía y hasta de ironía con una forma nueva, y por así decir, revolucionaria, sin dejar por eso de ser muy popular. Heine formó una escuela; un enjambre de jóvenes poetas líricos procuró imitarlo; pero ninguno de ellos tuvo su genio ni tampoco su modo de hacer el verso que pertenece á él solo. Lo que hay de extraordinario en Heine, es que ha excluido enteramente la política de sus cantos aunque la forma de esos mismos cantos denote un espíritu revoluciona-

rio y absoluto. Haciendo abstracción de la ironía lírica de Heine, de ese espíritu satírico con que sabe difrazar una frase seria, Heine ha compuesto cantos verdaderamente clásicos, cantos populares que toda la juventud alemana sabe de memoria. Heine es, entre los nuevos poetas líricos, el último del tiempo antiguo y el primero de nuestra era moderna y ha eclipsado muchas reputaciones. El profesor Ruckert, de Halle, ha alcanzado también una reputación fundada sobre sus cantos orientales, sobre sus traducciones clásicas y sobre su nueva forma tomada del Oriente. Ruckert se inclina hacia la escuela de Schiller; es reflexivo y hasta didáctico. Es verdad que Uhland había puesto en ridículo esa forma anticuada en un poema; pero Ruckert no lo tomó en consideración. Solamente, se complace demasiado en las comparaciones orientales, y acaba por esconder su pensamiento bajo un ramillete de rosas y de azucenas cogidas en el Oriente. Ha traducido la célebre epopeya *Nal y Damayanti*, obra maestra inda, y ha publicado sucesivamente *Rosas y Flores del Oriente*, los proverbios de sabiduría de los bracmanes y algunos sonetos suyos. Ruckert es original, pero de ningún modo popular. Chamisso, el francés, supo también tomar un pequeño puesto en el Parnaso lírico de Alemania. Chamisso ha hecho algunas canciones que se distinguen por la fineza de la observación y del sentimiento, y por ese exceso de ironía que le es habitual. Es mucho más alemán en sus poesías que no en su prosa.

Todos esos poetas existían antes de Heine, el cual de repente apareció cual representante de nuevos deseos. No tardó la lírica en cambiar de forma; pues mientras la escuela de Suabia imitaba á Uhland con sus pequeñas composiciones sin calor y sin carácter (cumple nombrar aquí Gustavo Schwab, los Stœber, etc.), en

el otro extremo de Alemania principiaron cantos de libertad y de crítica filosófica. No queremos designar Berlín porque nunca ha producido Berlín un poeta. Fue Austria la que dió el impulso por algún tiempo y muy á pesar suyo. El conde de Auresberg compuso sus *Paseos de Viena*, que no son sino cantos de libertad, y ese librito fué lo que fundó su reputación. Ha escrito bajo el nombre de Anastasio Grün; su talento es más bien épico que lírico; pero tiene energía en la expresión y en los pensamientos. Á su lado se puede mentar á Lenán, igualmente conde; pero éste brilla solamente en segunda línea. En nuestros días, Carl Beck, nacido en Pesth, ha hecho una grande sensación en Alemania con sus *Canciones acorazadas*, y su Biblia. Freilligrath de Detmold ha sabido también hacerse un nombre con su forma que imita á la de Hugo y con sus retratos orientales. Freilligrath es dependiente en una especería y compone al mismo tiempo poesías líricas que han tenido alguna reputación. Dingelstaed, de Cassel, salió al mismo tiempo á la palestra con sus sonetos. Creuzenach de Francfort, se ha hecho notar por su forma clásica; Saphir, de Viena, por su espíritu volteriano, y Zedlitz, por un solo trozo de versos, que el nombre mágico de Napoleón ha hecho volar desde un extremo de Europa hasta el otro. No debemos tampoco olvidar en esta enumeración el rey Luis de Baviera, el cual, sin haber llegado positivamente á ser el rey de los poetas alemanes, ha sabido sin embargo conquistar un puesto distinguido. Mayores elogios aún se merece la idea que ha tenido de mandar levantar sobre la margen del Danubio, un magnífico templo de mármol dedicado á todos los genios y á todas las glorias de Alemania, y que se llama el *Vahlalla*. Las imágenes de los grandes poetas hállanse en ese monumento juntamente con las

de los artistas y de los guerreros; Klopstock, Schiller, Goethe, Juan Pablo, etc., esperan allí sus sucesores poéticos. Sin disputa esa ha sido una noble idea y un magnífico poema de mármol y de bronce que garantiza la inmortalidad de su poeta y fundador.

La descentralización en Alemania produce resultados literarios completamente diferentes de los que se ven en Francia, y es cosa rara que un nombre pueda privar como los de Schiller y de Goethe.

En el día, Alemania produce versos más que nunca, y versos notables; ha llegado como Francia, á ese punto en que los pensamientos de detalle y los procedimientos de versificación se han vulgarizado tanto y puesto al alcance de todos, que, según la expresión del célebre crítico Menzel, «aparecen muchas buenas poesías y ningún buen poeta.»